

Transgresiones de la sensibilidad

Sin piedad y sin ira



y sin dejar más huella que alguna hilacha suelta de un retazo de infancia que se recuerda a ratos saber que no se sabe qué pasó cuando entonces, cuando se estaba a tiempo de poder evitarlo, se quedó allí prendida, como a fuego grabada, una sensación turbia que ensombreció las ganas de seguir confiando en que llegaran tiempos en los que se



forjaran ilusiones que fueran otra cosa que fatuas ensoñaciones necias que huidizas como el agua fluyen para perderse donde no las encuentre quien quisiera atraparlas.

Fuera por el sentimiento con el que el rizador de pestañas de Mariló lo leyese, cosa que no es de extrañar ya que cabe suponer que dada su profesión era hombre sensible, fuese porque la de Bernoulli tuviese uno de esos días en que se sentía "como fuera de mí misma y de mi yo" — no sé si me entiendes, le decía a la de Valbuena —, el caso es que se enjugó una lágrima con el pañuelito de batista que doña Magdalena le prestó y, en tono emocionado, elogio que "pues mira tú este cacho potro loco, que sabe cuando quiere ponerse sublime".

Y se sonó.

Basilisa